

muerte: Antíoco lloraba, prometía, se afligia en la última hora, y los dos murieron impenitentes. O teneis necesidad de convertirlos ó de reformaros. No os contenteis con determinaros á la conversion ó á la reforma. No sería tal vez la primera vez que lo habeis hecho. Determinaciones ineficaces é ilusorias; en materia de conversion y de reforma, la práctica debe ser la determinacion. Comenzad por arrodillaros á los pies de vuestro crucifijo, y allí trayendo á la memoria vuestros desórdenes, ó vuestra relajacion, formad un vivo y punzante arrepentimiento de vuestras infidelidades pasadas, y decidle á Dios en la amargura de vuestro corazon:

Señor, que no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva (*Ezeq. 5.*), haced que este dia sea el de mi perfecta conversion, de la reforma de mis costumbres y de mi penitencia; yo comienzo por vuestra misericordia la una y la otra lleno de confianza en los méritos de Jesucristo, y en la proteccion de la Santísima Virgen; yo espero que me libraréis de la desgracia de morir impenitente.

2 No basta orar, es preciso obrar. Teneis una confesion extraordinaria que preparar; id en este dia mismo á declarar vuestra necesidad y vuestra resolucion al confesor que hubiereis elegido. Comenzad inmediatamente vuestra reforma cercenando cierta superfluidad de adornos, cierta demasia de delicadeza; comenzad por quemar ciertos libros, quitar ciertas pinturas, volver á tomar ciertos aires de modestia, ciertas prácticas piadosas de que os habiais dispensado. Haced hoy alguna penitencia ó mortificacion corporal; alguna obra de misericordia, ó alguna limosna. Los pobres presos están muy abandonados, y no están en estado de llegar á representar sus necesidades y miserias. Otro tanto puede decirse de ciertas familias vergonzantes, cuyas miserias son tanto mas sensibles cuanto que son menos conocidas. Estos preludios de conversion y de reforma son como las arras de una perseverancia cristiana, y alejan de vosotros la muerte en el pecado. Cuando supiereis algun accidente funesto, ó la muerte de alguna persona conocida, tened cuidado de deciros á vosotros mismos: no hay desgracia alguna en la vida sin recurso y sin remedio, ningun mal hay irremediable sino la muerte en el pecado.

MARTES SEGUNDO DE CUARESMA.

LA Iglesia comienza la misa de este dia por este versículo del salmo 26: Mi corazon en defecto de mi voz, os ha expuesto muchas veces sus penas, y por mudo que sea, no dejais, Señor, de entenderle, y de conocer cuales son sus votos y sus deseos. Por lo que hace á mí, Dios mio, no suspiro mas que por una sola de vuestras miradas; dignaos, Señor, mirarme con ojos favorables; la mayor de todas mis desgracias sería si apartaseis los ojos de mí. El texto hebreo dice: No escondais de mí vuestro rostro. Este salmo 26 es una oracion que hacia á Dios David perseguido por Saul; pero intrépido en medio de los peligros, por su confianza en la bondad del Señor que le sostenia y le protegia. Errante para evitar el furor de aquel príncipe colérico, suspira por la vista del tabernáculo. De este modo suspira por la patria celestial una alma justa, combatida sin cesar por el enemigo de su salvacion. Como el tiempo de la persecucion que sufrió David fué muy largo, no puede fijarse á qué circunstancia en particular debe referirse esta oracion. Teodoro y Nicéforo quieren que este salmo haya sido compuesto por David cuando fué á Nobé en busca del gran sacerdote Abimelech, y recibió de él los panes de proposicion que habia quitado de delante del Señor; pretenden que el profeta hace alusion á este acontecimiento, cuando dice en los versículos 5, 6 y 9, que aun cuando viesse á todos sus enemigos reunidos y prontos á caer sobre él, nada temeria, puesto que el Señor le ha ocultado en su tabernáculo, y le ha tomado bajo su proteccion.

La Epistola de este dia contiene la historia del retiro que el profeta Elias hizo por orden de Dios en casa de una viuda de la ciudad de Sarepta, en Fenicia, en el territorio de los sidonios, durante la sequedad que ocasionaba el hambre que afligia á todo el país de los israelitas, en tiempo del rey Achab, cuya impiedad atraia estos azotes sobre todo el pueblo. Elias era natural de Thesbos, en la tierra de Galaad; vivia en el reinado de Achab, rey de Israel, y de Josafat, rey de Judá, hácia el año del mundo de 3090, novecientos y catorce años antes de Jesucristo. Este santo hombre no pudo sufrir las impiedades de Achab y de su mujer Jezabel. Abrasado del zelo ardiente de que estaba animado, predijo al rey una sequedad que debia durar tres años y medio, y que causó una hambre que desoló todo el país. Este profeta, conforme al orden que habia recibido de Dios, tuvo el cielo cer-

rado, por decirlo así, durante todo este tiempo, y esto de un modo tan absoluto y con un poder tan entero, que declaró al rey que no caería una gota de agua, ni de rocío, sin su orden. El suceso verificó la predicción. Sin embargo, el Señor mandó al profeta que se retirase á un desierto próximo al torrente de Carith, á la parte del Jordan, en donde Dios le alimentó por algun tiempo enviándole unos cuervos que le traían todos los dias que comer. Habiéndose agotado por la sequedad el torrente de donde tomaba el agua para beber, vino de orden de Dios á Sarepta, que es una ciudad entre Tiro y Sidon, en donde reinaba el padre de la reina Jezabel. Habiendo llegado cerca de la puerta de Sarepta, vió una mujer que hacia leña, y acercándose á ella le pidió agua para apagar su sed. Inmediatamente se preparó para irsela á buscar. Una caridad tan pronta con un extranjero, hizo creer á Elías que podría ser muy bien que aquella mujer fuese la viuda que debía mantenerle, segun que el Señor se lo habia indicado. Pidióle, pues, que le trajese tambien un pedacito de pan; mas ella le protestó que solamente tenia en una olla un puñado de harina, y algunas gotas de aceite en un pequeño vaso, y que en esto consistia toda su provision: que habia venido á aquel sitio á fin de juntar unos palos de leña para componer su comida para ella y su hijo, sin que les quedase otro recurso que morir de hambre, despues de haber consumido el resto de harina y de aceite. Hazme, sin embargo, la dijo el profeta, una pequeña torta cocida bajo la ceniza, y no te apures por lo que sucederá. Era, en efecto, esponer la fe y la caridad de aquella mujer á una prueba extraordinaria; no obstante, ella obedeció; mas Dios recompensó superabundantemente esta gran caridad por el milagro que hizo el profeta multiplicando tanto aquella harina y aquel poco de aceite, que tuvo suficientemente para alimentarse ella y su hijo hasta el fin del hambre.

En el Evangelio de este dia nos previene Jesucristo que creamos lo que nos dicen los ministros del Señor, y que practiquemos lo que nos enseñan en materia de salvacion, sin detenernos en los malos ejemplos que puedan darnos. Acababa el Salvador de confundir la envidia y la malicia de los escribas y fariseos, y de demostrarles que él no solo era Hijo de David, sino Hijo de Dios; y esto se lo habia manifestado de un modo tan convincente, que no habian sabido qué responderle; así que no se atrevieron ya desde aquel tiempo á hacerle ninguna pregunta: como lo que acababa de decir podia inspirar al pueblo y á sus discípulos alguna indignacion contra los doctores de la ley, quiso enseñar á todo el mundo una verdad muy importante;



esto es, que debia siempre practicarse lo que los ministros del Señor nos predicán, sin detenernos en lo que hacen, no confundiendo jamás sus costumbres con su doctrina. Los escribas y los fariseos, les decia, están encargados de enseñar y de explicar la ley de Dios al pueblo. No atendais mas que á lo que os enseñan. Y supuesto que ocupan este lugar y que de ellos debéis recibir la instruccion, poned en práctica los preceptos que ellos os expliquen, aun quando ellos mismos no los observen. Su conducta desmiente su moral; nada hacen menos que lo que ordenan á los otros; pero la ley de Dios no deja de obligar porque la expliquen gentes que no la guardan. Aunque el heraldo que publica la ley del príncipe la viole, la ley no pierde nada de su autoridad. ¡Buen Dios! ¡cuan pronto estaria el mundo convertido si los ministros del Señor predicasen tanto con sus ejemplos como con sus palabras! Inútilmente aconseja un padre de familias la virtud á sus hijos y á sus domésticos, si sus costumbres corresponden mal á su moral. Nada hay mas elocuente ni mas persuasivo que el ejemplo. Las palabras sin el ejemplo hieren los oidos; pero el ejemplo aun sin las palabras, habla al corazon y le conmueve. La palabra de Dios, lo mismo es palabra de Dios en la boca de un apóstol infiel, que en la boca de un discípulo fervoroso; pero ¿qué no puede esta misma palabra de Dios en la boca de un ministro poderoso en palabras y en obras? Si el pastor quiere perderse, aprovechémonos siempre de sus instrucciones para salvarnos. La corrupcion de sus costumbres no disminuye en nada la santidad de la ley que predica; así como la santidad de la ley que predica no autoriza nunca la corrupcion de sus costumbres. Ellos imponen cargas pesadas y que no se pueden soportar, añade el Salvador; abruman á los demás, pero ellos ni aun quieren aplicar un dedo. Los mas relajados en su conducta son por lo comun los mas severos en su moral. Es muy fácil aumentar la carga que no se hace ánimo de llevar. Jesucristo refiere en seguida muchos hechos que muestran el orgullo desmesurado de los fariseos y de los escribas; ellos afectan una apariencia religiosa, un aire devoto, un exterior austero, y ocultando bajo de este sepulcro blanqueado un corazon corrompido, y una alma la mas negra, no tratan mas que de engañar al público con singularidades estudiadas. Ellos pretenden ocupar los primeros puestos, y ser tratados como maestros, y su orgullo se ostenta en todas partes. Por lo que hace á vosotros, añade el Salvador, tomad en todas partes el último lugar, y poned toda vuestra gloria en pasar por los últimos de mis siervos. Huid todos esos títulos de honor que jamás dan el mérito, no ambi-

cioneis mas que la cualidad de hijos de Dios, y sostenedla con la pureza de vuestras costumbres. Vosotros no teneis mas que un Padre, el cual está en el cielo. Aprenda de aquí el grande á no ensoberbecerse con su estado, y á mirar al pobre como su hermano; y no menos debe aprender el pobre á no envidiar la suerte del grande, puesto que tiene á Dios por padre, lo mismo que él, y que está destinado á la misma herencia en el cielo: herencia mucho mas segura para los pobres que para los ricos; en donde las primeras plazas no se dan sino á los mas humildes, y donde no se entra sino despues de haberse hecho pequeños como los niños. En fin, el Salvador concluye su instruccion por este oráculo, el cual contiene una verdad práctica que sirve de base á todas las virtudes cristianas, que cualquiera que se ensalzare será humillado, y cualquiera que se humillare será ensalzado. El polvo no se levanta sino para caer, y solo se levanta pisándolo. El orgullo es el mayor enemigo de nuestro reposo, y el tirano del corazón humano: no nos solicita á subir muy alto, sino para hacernos dar mayores caidas. No hay verdadero mérito, ni por consiguiente verdadera gloria, sino en la humildad.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Perfice, quæsumus, Domine, benignus in nobis observantiæ sanctæ subsidium: ut quæ te auctore facienda cognovimus, te operante impleamus. Per Dominum...

Continuad, Señor, dándonos por vuestra bondad la asistencia de que necesitamos para observar perfectamente el santo ayuno, á fin de que conociendo cuales son las cosas que exigis de nosotros, las hagamos con el auxilio de vuestra gracia. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola está sacada del tercer libro de los Reyes, cap. 17.

In diebus illis: Factus est sermo Domini ad Eliam Thesbiten, dicens: Surge, et vade in Sarephta Sidoniorum, et manebis ibi: præcepi enim ibi mulieri viduæ, ut pascat te. Surrexit, et abiit in Sarephta. Cùmque venisset ad portam civitatis, apparuit ei mulier vi-

En aquellos dias le dirigió el Señor su palabra á Elías Thesbita y le dijo: Levántate, y vé á Sarepta, ciudad de los sidonios, y estate allí, porque yo he mandado á una mujer viuda de allí que te alimente. Levántose inmediatamente Elías, y fué á Sarepta. Cuando llegó á la

dua colligens ligna, et vocavit eam, dixitque ei: Da mihi paululum aquæ in vase, ut bibam. Cùmque illa pergeret ut afferret, clamavit post tergum ejus, dicens: Affer mihi, obsecro, et bucellam panis in manu tua. Quæ respondit: Vivit Dominus Deus tuus, quia non habeo panem, nisi quantum pugillus capere potest farinæ in hydria, et paululum olei in lecytho: en colligo duo ligna ut ingrediatur, et faciam illud mihi et filio meo, ut comedamus, et moriamur. Ad quam Elias ait: Noli timere, sed vade, et fac sicut dixisti: verumtamen mihi primum fac de ipsa farinula subcineritium panem parvulum, et affer ad me: tibi autem et filio tuo facies postea. Hæc autem dicit Dominus Deus Israel: Hydria farinæ non deficiet, nec lecythus olei minuetur usque ad diem, in qua Dominus daturus est pluviam super faciem terræ. Quæ abiit, et fecit juxta verbum Eliæ: et comedit ipse et illa et domus ejus: et ex illa die hydria farinæ non defecit, et lecythus olei non est imminutus, juxta verbum Domini, quod locutus fuerat in manu Eliæ.

puerta de la ciudad, aperció á la mujer viuda que hacia leña; la llamó y la dijo: Dame un poco de agua en un vaso para beber. Cuando ella hubo vuelto la espalda, encaminándose para traérsela, la llamó y la dijo: Tráeme tambien, te ruego, en la mano un pedacito de pan. A lo cual ella respondió: Vive el Señor tu Dios, que no tengo pan, y solo tengo en una olla la harina que cabe en un puñado, y un poco de aceite en una redoma. Ahora vengo á recoger aquí dos palos de leña para componerlo, y que nos lo comamos yo y mi hijo, y despues echarnos á morir. Repuso, pues, Elías á la mujer, diciéndola: No temas, haz lo que has dicho; pero antes haz para mí de la misma harina un panecito, cocido bajo de la ceniza, y tráemele, y despues harás para tí y para tu hijo. Porque he aquí lo que dice el Señor Dios de Israel: La harina que está en la olla no faltará, ni se disminuirá el aceite que hay en la ampolla, hasta el dia en que el Señor debe hacer que caiga el agua sobre la tierra. Esta mujer fué é hizo lo que Elías la habia dicho; y comió él, ella y su familia; y desde aquel dia no faltó la harina de la olla, ni se disminuyó la ampolla del aceite, conforme á lo que el Señor habia predicho por medio de Elías.

«Thesbos era una ciudad de la parte allá del Jordan, en la tri-

bu de Gad, y en el país de Galaad. Elías habia nacido en esta ciudad, y desde allí vino al reino de Israel, adonde estaba circunscrita su mision, puesto que no se vé que se haya presentado mucho en el reino de Judá. Era uno de los que conservaban el culto del Señor en su pureza, en medio de la corrupcion y del cisma de las diez tribus; guardó virginidad perpetua. Era de una alma fuerte y generosa, abrasado de un zelo vivo y ardiente por la gloria del Señor. Este profeta no ha muerto: un turbillon de fuego en forma de carro le arrebató el año del mundo de 3109, ochocientos noventa y cinco años antes de Jesucristo.»

REFLEXIONES.

Esta mujer fué, é hizo lo que Elías la habia dicho. Esta fe y esta sumision ciega, en una mujer pagana, á la palabra de un extranjero y de un desconocido, confunde la poca fe, y la poca docilidad de los cristianos, despues de haber confundido y condenado la incredulidad y la indocilidad de un pueblo, en el cual habia nacido Elías y que era de la misma religion que el profeta. ¿Podia esponerse á una prueba mas fuerte la fe y la caridad de esta viuda con un extranjero? Ella no tiene mas harina que la que basta para no morir con su hijo en uno ó en dos dias; y Elías á quien esta viuda no habia visto jamás, de quien nunca habia oido hablar, exige de ella que le dé por caridad todo lo que ella tiene para vivir; y esto sobre una simple promesa que la hace, de que el verdadero Dios, al que ella no conocia, sabrá indemnizarla cumplidamente. ¡Qué bien prueba esto el poder de la gracia sobre un corazon que no la pone obstáculo! Puede decirse que todo el antiguo Testamento es una figura del nuevo, porque todas las cosas que han sido escritas, lo han sido para nuestra instruccion. (Apost. ad Rom. 25.) Pocos hechos hay en la Escritura que no sean una leccion para nosotros; pocos que no encierren algun misterio. La fe que Dios inspiró á esta mujer todavía pagana, es la primera y la mas preciosa recompensa que recibe por su hospitalidad: ¡y de cuantos otros milagros no fué seguido este primer don! La harina y el aceite se multiplican en su mano; su hijo muere y Elías le resucita. ¡Buen Dios! ¡cuanto poder tienen con vos una fe viva, y una confianza á toda prueba! pero ¡como seca esta fuente de gracias la falta de confianza! Por mas que el Hijo de Dios nos haya declarado de la manera mas clara, la mas precisa, la mas marcada, que recompensará centuplicadamente la mas pequeña caridad, los ricos son cada vez mas incrédulos en orden á este artículo. Los menos acomodados

son mas caritativos. Pobres gentes parten de buena gana con Jesucristo lo poco que tienen para subsistir, mientras que otros que abundan en bienes, ó por mejor decir, rebosan de ellos, le niegan la mas pequeña limosna. ¡Cosa estraña! se ven gentes magnificas en los equipajes, espléndidas en las mesas, brillantes en el fausto y en el lujo que prefieren el mantener caballos, que dar á los pobres, lo que tal vez impediria que muriesen de hambre. Se ven gentes sin familia, ó cuyos herederos son opulentos, gentes cuyas rentas son superiores á su gasto, y que sin embargo tienen siempre las manos y la bolsa cerradas para los desdichados, que quedarian ricos con una parte de lo supérfluo. Se ven ricos beneficiados, gentes ricas con el patrimonio de los pobres, y que segun el espíritu de la Iglesia, y de los fieles, no son, propiamente hablando, mas que los economos de sus gruesas rentas, negar á los pobres la porcion mas pequeña de ellas, y consumir en gastos disparatados, no solo su propia hacienda y la de los pobres, sino tambien, con mucha frecuencia, la de los acreedores. ¿Y se estraña, despues de esto, el ver tantos azotes, tan poca religion, tanto desarreglo en este siglo?

El Evangelio de la misa es tomado del cap. 25 de S. Mateo.

In illo tempore: Locutus est Jesus ad turbas, et ad discipulos suos, dicens: Super cathedram Moysi sederunt scribæ et pharisæi. Omnia ergo quæcumque dixerint vobis, servate, et facite: secundum opera verò eorum nolite facere: dicunt enim, et non faciunt. Alligant enim onera gravia et importabilia, et imponunt in humeros hominum: digito autem suo nolunt ea movere. Omnia verò opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus: dilatant enim phylacteria sua, et magnificant fimbrias. Amant autem primos recubitus in cænis, et primas cathedras in synagogis, et salutationes in foro, et vocari ab hominibus Rabbi. Vos autem

En aquel tiempo: Habló Jesus á las tropas que le seguían, y á sus discipulos, y les dijo: Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés: observad, pues, y haced todo lo que os dijeren; pero no hagais como ellos, porque ellos dicen y no hacen. Porque ellos amontonan cargas pesadas, y que no se pueden llevar, y las echan sobre las espaldas de los hombres, sin que apliquen ni siquiera un dedo para ayudarles. Por lo demás todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres; ellos llevan muy largas sus cintas, y muy anchas las franjas. Aspiran á los primeros asientos en las comidas, y á las primeras sillas

nolite vocari Rabbi: unus est enim Magister vester, omnes autem vos fratres estis. Et patrem nolite vocare vobis super terram: unus est enim Pater vester, qui in caelis est. Nec vocemini magistri: quia Magister vester unus est, Christus. Qui major est vestrum, erit minister vester. Qui autem se exaltaverit, humiliabitur: et qui se humiliaverit, exaltabitur.

en las sinagogas; quieren ser saludados en las plazas públicas, y ser tratados como maestros por los hombres. Mas vosotros sabed, que no hay mas que uno que sea vuestro Maestro, vosotros todos sois hermanos. Y no llameis á ninguno sobre la tierra padre vuestro; porque no teneis mas que un Padre que está en el cielo. No sufráis que se os trate como maestros; porque uno sólo es vuestro maestro, Jesucristo. El que es mayor entre vosotros será vuestro siervo; mas el que se exaltare será humillado, y el que se humillare será exaltado.

MEDITACION.

Sobre el falso zelo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el falso zelo tiene toda la malignidad, toda la hiel, y todo el veneno de las pasiones mas violentas, y todo esto bajo la máscara de una caridad muy ardiente, y de un amor de Dios apasionado. ¿Qué se debe esperar de un origen semejante?

El falso zelo no es propiamente otra cosa que una pasión violenta que el amor propio disfraza para impedir que uno lo advierta, y ponerle en estado de hacer tantos mas estragos cuanto mas se fie de él. El orgullo es como su primer principio. No hay falso zelo que no esté acompañado de un gran fondo de vanidad; de aquí viene el desprecio con que se mira el objeto del pretendido zelo. Un odio maligno, una envidia amarga, y hasta un espíritu de venganza agrio y mordaz, son como los resortes que encienden la bilis de los falsos zelosos, y que les ponen de tan mal humor contra los defectos imaginarios ó reales de sus hermanos. De aquí es que no hay hereje que no declame contra la relajacion, y que no acompañe sus declamaciones con injurias; seria, en efecto, demasiado grosero el error, si no se sirviese del pretexto de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas para justificar hasta sus mas furiosos arrebatos. Bajo este motivo

especioso, y con tan bello nombre, las calumnias mas negras, las mentiras mas atroces, las injusticias mas clásicas, las durezas, las persecuciones, todo pasa, todo es aplaudido, todo se autoriza. No se obra mas que por resentimiento, por pasión, por venganza, y se cree todavía que se hace un servicio á Dios: ¡cuantas pasiones é injusticias alimenta esta imaginacion! ¿pero nos juzgará Dios segun nuestros frívolos pensamientos? ¿no tengo yo nada que reprenderme sobre este artículo? El verdadero zelo no fué nunca parcial, ni amargo. ¿Hay amargura, hay acritud, hay desprecio, hay dureza? Falso es, pues, este zelo. Esos devotos zelosos que querrian desde luego hacer que cayese fuego del cielo para esterminar los pecadores, no están animados del espíritu de Jesucristo. ¿Cual es el principio de donde proceden mis arrebatos y mi cólera? ¿Es un verdadero zelo el que produce mis aversiones y mis vivezas?

Profundícese en el corazon, remóntese hasta el origen de ese zelo impetuoso, que no parece sino un pedrisco, y se verá que esa nube cargada de granizo y de rayos no se ha formado mas que de exhalaciones malignas: un mérito regularmente brillante y muy real que nos hace sombra; una razon de familia, de interés, ó de partido; un disgusto que se ha recibido, una afrenta, un despique, una envidia secreta, son el verdadero y el primer móvil de todos esos arrebatos que se cubren con el nombre de zelo y de caridad. Pero Dios que descubre el fondo de los corazones, que desenvuelve todos sus pliegues, que tiene tan poca consideracion á nuestras sutilezas, ¿qué juicio es el que hace de ellos? ¡Buen Dios! ¡qué de fatigas perdidas! ¡qué de pecados graves disfrazados! ¡qué de talentos mal empleados! ¡Y qué desgraciada es una persona animada de un zelo falso! ¡qué digna de lástima! Y ¡cuan raro es que vuelva en sí de un tan lamentable extravío!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que hay todavía un zelo falso mas mitigado y mas sutil. Por mas que se haga, se encuentra en todas partes donde uno está; y es muy raro que el zelo sea tan puro que no esté acompañado de algun retroceso á nosotros mismos; es raro que la inclinacion, el humor, el natural, el amor propio, no sean como el alma de lo que se llama zelo ó fervor.

Se persuade uno á sí mismo, y se quiere persuadir á los demás que no es mas que la gloria de Dios lo que se busca y lo que hace obrar. Pero si no se trata mas que de agradar á Dios en los ejercicios del zelo, ¿por qué esas predilecciones por los empleos;

esas direcciones espirituales de distincion y de eleccion, por lo comun tan lucrativas? ¿Por qué se limita el fervor y el zelo á las buenas obras de esplendor, á la salud del alma de cierta especie de gentes? ¿Por qué no querer dejar aquel empleo y aquel puesto, cuando la voluntad de los superiores no deja duda de que no es ya grato á Dios el que permanezcamos en él? ¿Por qué solicitar el favor y el apoyo para mantenerse en él? ¿Tememos que padezca la gloria de Dios, si cedemos nuestro lugar á otro? Ah, Dios mio, ¿cuantos misterios de iniquidad desenvolverá la muerte á nuestros ojos! ¿pero será tiempo entonces de descubrir con utilidad estos misterios?

Es sin duda tener un gran zelo el dedicarse mucho al trabajo; mas si en esa multiplicidad de trabajos no se trabaja mas que por Dios, es extraño que se tenga tanto empeño en dar continuamente á entender al público cuanto se trabaja, y mendigar por una vana ostentacion de sus sudores una indigna é inútil compasion. Se quiere muchas veces hacerlo todo; pero todo solo: ¿y no es tal vez esto porque se teme un concurrente, y se imagina que acaso se dividan los aplausos si otro toma parte con nosotros en las fatigas? ¡Dios mio, cuan sutil es el amor propio, y cuan cierto que somos siempre el juguete de él, si no tenemos un corazon muy puro, un espíritu muy recto! Una prueba indudable de un zelo falso, es el mirar con disgusto las satisfacciones de los demás. ¿Es mi zelo mas puro?

El verdadero zelo es el primer fruto de la caridad, y no puede nacer de ninguna otra fuente. Es dulce, compasivo, benéfico, es humilde. El primer objeto de nuestro zelo deben ser nuestros propios defectos. La piedad edificante de un hombre zeloso, debe ser el primer artificio de que se ha de servir para mover los corazones. Dios mio, ¡qué sentimiento, qué desesperacion en la hora de la muerte, cuando en toda la vida no ha sido uno otra cosa que un bronce que suena, ó una campana que no hace mas que ruido! Pero ¿no hemos profetizado en vuestro nombre? ¿no hemos echado los demonios en vuestro nombre? ¿no hemos hecho muchos milagros en vuestro nombre? Entonces yo les diré abiertamente, dice el Señor: Jamás os he conocido, retiraos de mi presencia. (*Matth. 7.*) ¡Qué decreto, qué golpe de rayo para un predicador aplaudido, para un director espiritual de gran reputacion, para un superior rígido, para un señor vigilante, para un gran prelado, que habiendo hecho cumplir con su obligacion á las personas que dependian de ellos, hubieren descuidado su salvacion!

No permitais, mi dulce Jesus, que yo sea nunca de este

número. Sea yo mismo el primer objeto de mi zelo, y sea siempre conforme á vuestro espíritu el que tuviere con los demás. No tenga mi zelo acritud ni amargura sino para mi mismo, tenga la caridad por primer móvil, y por fin vuestra pura gloria.

JACULATORIAS.— Concededme, Señor, aquella pureza de corazon, y aquella rectitud de espíritu, sin la que no es posible agradaros. (*Psalm. 50.*)

Mi zelo me ha hecho secar de dolor, cuando veo el desprecio que se hace de vuestra ley. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Tened zelo, porque es señal de una fe muerta y de una caridad fria el no tenerle; pero que no sea jamás vuestro zelo acre ni indiscreto. El verdadero zelo es siempre sabio, humilde, compasivo, y moderado. Si es contra el vicio contra lo que tanto nos indignamos, nuestros propios defectos son objetos dignos de nuestro enojo. Debemos lamentarnos al ver la licencia de las costumbres; pero cuando uno no está instituido para corregir los defectos de otro, ¿por qué reprender con tanta acritud y amargura? Comencemos por reformarnos á nosotros mismos, y tendremos entonces el consuelo de haber trabajado eficazmente en la reforma de las costumbres. El modo de reprender la licencia de las costumbres por medio de una vida arreglada y edificante, es el único que conviene á aquellos que no están encargados de la conducta de ninguno, y el único tambien que no queda jamás sin fruto. Considerad hoy sobre lo que debe estenderse vuestro zelo, y cuales son sus cualidades. ¿Velais sobre toda vuestra familia, sobre todos vuestros domésticos, y sobre las personas que dependen de vosotros? ¿sois tan atentos, tan vivos para exigir de ellos el que cumplan con puntualidad sus obligaciones de religion, como las que os deben á vosotros? Vosotros no sufririais que se os hablase fuera de tiempo, que se os faltase al respeto; ¿teneis el mismo zelo con respecto á Dios? Vosotros responderéis de la salud de los que están á vuestro cargo; no os fieis demasiado en su buena fe. No digais que tienen bastante edad para conocer sus obligaciones. ¿Razonais del mismo modo cuando se trata de vuestro servicio? Tened zelo, y no seréis tan indolentes; y desde este dia observad las reglas siguientes: 1.^a Que el buen ejemplo sea la primera leccion de vuestro zelo; no hay natural, ni hábito, ni humor, ni inclinacion que no se rinda á

este género de instruccion. 2.^a Descended al pormenor de la conducta de vuestros hijos, y de vuestros domésticos; informaos de tiempo en tiempo si sus conversaciones son alguna vez licenciosas, si el todo de su conducta es cristiano. Sabed si frecuentan los Sacramentos todos los meses; si hacen oracion á Dios regularmente á la mañana y á la noche; si leen libros contrarios á las buenas costumbres; si están en la iglesia con respeto; si frecuentan lugares sospechosos; si se juntan con malas compañías. No perdoneis este género de faltas. No os fieis en la vigilancia de un preceptor ó de un ayo.

2 Sed rígidos sin ser amargos ni austeros; no reprendais jamás con términos injuriosos ni agrios; un poco de vivacidad y mucha firmeza, no dice mal al zelo; hacedlo de modo que todos se persuadan que vuestro zelo es cristiano, y por consiguiente inseparable de la caridad.

3 Si estais á la cabeza de un cuerpo ó de una comunidad, sed zelosos por la regularidad, no sufrais la menor relajacion; pero advertid con dulzura, corregid con moderacion y con decoro, imponed con vuestras palabras, y singularmente con vuestro ejemplo. ¡Cuantos superiores estarán horriblemente castigados en la otra vida, por no haber sido bastante rígidos, ó por no haber sido bastante ejemplares! ¿No teneis nada que reprenderos sobre este punto? Sois un particular; no prediqueis la reforma de la comunidad sino por la vuestra. No os perdoneis nada, sed exactos, no os dispenseis de la menor regla, y entonces habréis ya comenzado la reforma de vuestra comunidad. Todo zelo inquieto, acre ó mordaz, es un falso zelo; sea el vuestro dulce, benéfico y caritativo. Nos engañamos si nos lisonjamos de tener zelo por la salud de otro, si no lo tenemos por nuestra propia perfeccion; no amamos por cierto al prójimo mas que á nosotros mismos. Lo que se llama entonces zelo, no es propiamente mas que una vivacidad del natural, y un puro efecto del orgullo.

MIÉRCOLES SEGUNDO DE CUARESMA.

EL introito de la misa de este dia se compone de los dos últimos versículos del salmo 37, y es una oracion corta que cada uno puede hacer á Dios muchas veces al dia. Debe notarse que los versículos del introito de todas las misas de la Cuaresma pueden servir de oraciones jaculatorias muy devotas para entre el dia. La misa de este comienza por estas palabras: Dios y Señor mio, de

quien únicamente debo esperar mi salud, no os alejéis de mí, ni me dejéis sin auxilio á merced de mis enemigos. Este salmo que comienza por estas palabras: *Señor, no me arguyais en vuestra ira*, puede mirarse como un modelo de oraciones en la penitencia, en el tiempo de enfermedad y en todo género de aflicciones; así es que es uno de los que se llaman salmos penitenciales, y era uno de los que se cantaban todos los sábados en la sinagoga. Se cree que David le compuso durante la rebelion de Absalon, reconociendo que sus pecados le habian atraido aquella desgracia. Este religioso príncipe, perseguido por su propio hijo, trata de apaciguar la justicia de Dios, esponiéndole las penas que ha sufrido hasta allí por sus pecados, y la sumision con que las ha recibido. Pide y espera el auxilio del cielo contra sus enemigos, siempre pronto, sin embargo, á aceptar nuevos castigos. Como todos los pecados son una rebelion contra Dios, y el peccador es un hijo rebelado contra su padre, parece que el darnoslo á conocer es la mira que tiene la Iglesia, no tomando para la misa de estos dias de penitencia mas que las palabras de los salmos que David compuso en la persecucion que sufría de su hijo Absalon.

La Epístola de este dia se compone de la oracion que hizo á Dios el judío Mardoqueo, tio de Estér, reina de los persas, por la libertad de su nacion, condenada á perecer en virtud de un decreto del rey Asuero, que Amán, su favorito y su primer ministro, habia obtenido para que fuesen muertos todos los judíos esparcidos en todos sus estados. Esta oracion fué oida. No hay una cosa mas á propósito para un tiempo de penitencia, cual es el de la Cuaresma, en que la Iglesia no cesa de pedir á Dios misericordia por todos los hombres condenados á la muerte eterna por el pecado.

Mardoqueo, hijo de Jair, de la tribu de Benjamin, de la estirpe de Saul, siendo niño fué sacado de su país y trasportado á Babilonia por el rey Nabucodonosor, con el joven rey Jeconias y toda la nacion judía. En la distribucion que se hizo de todos los cautivos, Mardoqueo fué enviado á Susa, ciudad capital de la Persia, y allí se estableció con toda su familia. Tenia un hermano llamado Abigail, el cual tenia una hija que se llamó Estér; en su mas tierna infancia perdió á su padre y á su madre, lo que obligó á Mardoqueo, su tio, á llevársela á su casa y adoptarla por hija suya. Encargado de su crianza, la educó en el temor del Señor, en el amor de la religion, en la observancia exacta de los mandamientos de Dios, y en una gran delicadeza de conciencia por las prácticas de la ley de Moisés. Habiendo Asuero, que reinaba entonces sobre